

## **Testimonio sobre mi viaje a Benín** **09/09/12**

Hola, me llamo Isabel y he tenido la gran fortuna de formar parte del equipo de 21 voluntarios que hemos participado en el sexto viaje de cooperación y solidaridad que organiza Fundebe en Benin, un pequeño país africano situado entre Togo y Nigeria.

Aterrizamos en Cotonou el 11 de agosto de madrugada y tras un intenso día de recados y un viaje eterno de 12 horas de autobús, llegamos a Nikki, un pueblo en el norte de Benín donde Fundebe esta desarrollando su proyecto principal: el establecimiento de un centro de enseñanza de secundaria y bachillerato. Hace un año, en septiembre de 2011, se inauguró el primer edificio de este complejo escolar y cuando llegamos nosotros en pleno verano, el colegio seguía lleno de niños y niñas con ganas de aprender durante el curso de vacaciones. Durante esas dos primeras semanas, nos dedicamos a dar clase de inglés, informática y sobretodo español. A pesar de que hubiéramos estado preparando el viaje con mucha ilusión y mentalizándonos durante meses, creo que puedo hablar en nombre de todos cuando digo que nos sentimos sobrecogidos con la alegría contagiosa, el interés constante y la rapidez de aprendizaje de los niños del colegio. Dar clase no fue siempre fácil, no os podéis imaginar lo difícil que es explicar las cuatro estaciones del año a unos niños que sólo han conocido dos, la seca y la de lluvia, o describir lo que es la pizza en un país donde no hay hornos. Pero los niños mostraban mucho interés en aprender todo lo que pudiéramos enseñarles y en solo unos días nos saludaban con un “¡Buenos días!” cuando llegábamos por la mañana y les oíamos cantando por las esquinas la canción de la tetera que tanto les gustó.

Nuestra rutina era bastante intensa: dábamos clase tanto por la mañana como por la tarde, encajando siempre una misa diaria. Aprovechamos también para combinar nuestra misión de voluntariado con la oportunidad de conocer el pueblo de Nikki y sus alrededores. Así, nos recibieron el alcalde del Pueblo y el rey de Nikki. Conocimos también a un misionero madrileño que lleva unos 20 años en Benín y visitamos a unas religiosas que desarrollan una labor admirable, atendiendo a niños desnutridos, enseñando a sus madres como darles un mejor cuidado y educando a los habitantes de los pueblos de la zona. Nos perdíamos entre los puestos del mercado comprando telas llamativas que la costurera local transformó en trajes típicos para los más atrevidos del grupo. Y no penséis que los chicos del grupo se olvidaban del fútbol español: nos pedían que cuando habláramos con nuestra familia preguntásemos qué había sido del partido del Espanyol y hasta conseguimos encontrar en Nikki un lugar donde retransmitían el Madrid-Barça de la ida de la Supercopa.

Tras dos semanas que culminaron con una fiesta de despedida en el colegio, regresamos al sur de país. En Cotonou nos quedamos una semana más, ofreciendo nuestra ayuda en un orfanato de las Misioneras de la Caridad que el Papa Benedicto XVI visitó en noviembre de 2011 durante su estancia en Benín. Aquí los niños no necesitaban que compartiéramos con ellos nuestros conocimientos, sino nuestro cariño. Les dábamos de comer, les llevábamos a caballito, les cogíamos en brazos... cualquier muestra de atención era suficiente para que sonrieran de oreja a oreja. El orfanato, como se anunciaba a la entrada, era un lugar de paz y alegría. Y antes de que nos quisiéramos dar cuenta, la semana se pasó volando y nos encontramos de nuevo en el aeropuerto de Cotonou, dispuestos a emprender el largo viaje de vuelta a casa.

A lo largo de esta semana, a medida que me iba adaptando a la rutina del día a día en Madrid, me volvían recuerdos de las tres semanas inolvidables que pasamos en Benín. Me sigue haciendo gracia que a las niñas del colegio les impactara tanto nuestro pelo que se pensarán que llevábamos pelucas. Cuando me impaciento esperando una cola de 5 minutos, me acuerdo de lo diferente que es la concepción del tiempo allí, donde lo que choca es ver a alguien con un reloj en la muñeca. En el bus, evito la mirada del que se sienta en frente mío, mientras que en Benín saludábamos y sonreíamos desde el bus a todos aquellos que se nos quedaban mirando. Cada vez que veo la nevera en mi cocina, no puedo evitar acordarme de que el frigorífico donde guardaban la sangre para transfusiones en el hospital del Nikki es más pequeño que el yo abro en mi casa cada vez que tengo hambre. Y anoche, cuando empezó a llover, me acordaba de las lluvias torrenciales que nos cayeron en Benín y que impedían que muchos niños vinieran al colegio ya que los caminos de polvo se convertían en barrizales imposibles de transitar, pero a pesar de todo algún valiente nos aparecía en el colegio con ganas de aprender.

En Benín descubrimos nuestra capacidad de adaptarnos al medio en el que vivimos. En sólo unos días la ducha de agua helada ya no nos parecía tan fría y compartir el cuarto, el baño e incluso la cama con bichos de todo tipo se convertía en algo rutinario, mientras que aquí en Madrid no permitimos el paso de ningún pequeño intruso en nuestras casas. Ahora hasta echo de menos la mosquitera que tanta guerra nos daba cada noche aunque al final, por mucho que te intentaras proteger, te picaban los mosquitos. Recuerdo nuestra añoranza por una camiseta limpia y por una toalla que no olera a humedad. Pero todos estos detalles sobre los que ahora reflexiono, desde la comodidad de nuestra vida occidental, no eran más que pequeñas anécdotas sobre las que nos echábamos unas risas.

Quería terminar este breve testimonio hablándoos de Karim, un alumno del colegio de Nikki. En Benín existen gasolineras, pero están siempre vacías por que los locales rellenan los depósitos de sus motos comprando la gasolina en los puestos de la calle que venden en frascos que por cierto, nosotros tardamos dos días en darnos cuenta que lo que vendían era gasolina y no aceite. Precisamente en una de estas “gasolineras”, si podemos llamarlas así, trabajaba nuestro alumno Karim. Karim venía todos los días a clase como cualquier otro niño, dispuesto a aprender y a jugar con los blancos que venían desde España. Pero fuera de clase, cada vez que pasábamos delante de la gasolinera, le veíamos dedicado a su trabajo, rellinando los depósitos de los motoristas que se paraban en su puesto. Si no fuera por la educación que les ofrecen en el colegio de Nuestra Señora del Monte Carmelo, Karim, y como él muchos otros niños del colegio, podían pasar su vida vendiendo gasolina en aquel puesto al lado del mercado. Pero gracias a la esperanza que representa la educación que están recibiendo, los niños del colegio nos contaban cómo de mayor querían ser hombres de negocio, ministros e incluso alguno, apuntando más alto, el Presidente de Benín.

Espero que mi relato haya contribuido a que entendáis el valor de vuestras contribuciones a Fundebe y que os sintáis orgullosos de participar en sus proyectos. Espero que en nuestras oraciones de hoy recemos para que el Señor sensibilice cada día a más gente para que contribuyan, de una manera u otra, en esta noble tarea y de este modo, conseguir que más y más niños tengan un futuro más esperanzador.